

Decrecimiento sostenible: creando poder

Vicente Manzano Arrondo¹ - 2009

Estamos sentados frente a frente. Mi amigo permanece aún dos segundos más con expresión atónita. Rompe el silencio con la misma pregunta “¿DE-crecimiento? ¿Eso existe?”

He sido testigo de muchas reacciones diferentes al escuchar o leer por vez primera ese término, *decrecimiento*: indiferencia, incredulidad, expectación, confusión, incluso risa altisonante. No hay que extrañarse. Tenemos ya tanto contacto con su opuesto, el crecimiento, que forma parte de nuestro bagaje automático, incluso de una escala inconsciente de valores. Suena raro, como des-venir, des-levantarse, por ejemplo. Aún así, comenzar el contacto con el término y su significado no garantiza tampoco una buena comprensión. Incluso algunos expertos en temas similares muestran confusiones a la hora de entender el alcance de la idea.

Esta contribución pretende presentar el concepto de una forma ágil y clara, a través de diez puntos, destinada especialmente a quienes no saben del asunto y a quienes han realizado un contacto demasiado fugaz. A su vez, considero que uno de los puntos más fuertes de la idea es su importante contribución en la construcción de un mundo más digno de ser vivido a través del concepto de poder. El decrecimiento constituye no sólo *la* solución, conscientemente planificada o trágicamente impuesta, sino que se trata también de uno de los componentes necesarios para una sociedad con equilibrio de poder. En ello nos adentraremos en la segunda parte de esta conferencia.

Finalmente, en el último apartado, queda constancia de las preocupaciones que se mostraron desde el auditorio y las ideas que tomaron forma a partir de ello.

10 puntos sobre decrecimiento sostenible

Tenemos un problema

1. El crecimiento ilimitado en un espacio limitado es imposible.

La frase es de perogrullo. Es obvio que un elefante no cabe en una taza de té o que un globo que se infla en exceso termina explotando. De cuantos temas se discuten en torno al crecimiento, éste es el que menos energía consume. Salvo algunas voces residuales, existe ya unanimidad al respecto.

El principal argumento en contra de la afirmación es que el espacio realmente no es limitado, puesto que la capacidad de regeneración del planeta supera el desgaste que se realiza. Existe una confianza difusa que más o menos puede expresarse así: “Hemos estado viviendo y creciendo durante toda nuestra historia, con altibajos, crisis y remontadas, nos hemos ido enfrentando a numerosos problemas, la ciencia y la tecnología los ha ido resolviendo, esto que ocurre ahora no es una excepción, saldremos igualmente triunfantes del reto”. Los defensores del crecimiento a ultranza tachan de alarmistas a quienes advierten que hemos superado ya la capacidad de recuperación del

¹ Conferencia realizada en el seno del VI Foro Solidario de Avilés (Asturias) el 16 de septiembre de 2009.

planeta, equiparando estos avisos a los anuncios sobre el fin del mundo que nos llegan de vez en cuando.

Los acontecimientos que conocemos la mayoría de las personas contradicen esas expectativas sobre la viabilidad del crecimiento ilimitado. Sabemos, por ejemplo, que la contaminación se acumula pues crece con más rapidez que la capacidad del planeta para absorberla, que cada vez hay más personas, más vehículos de motor que recorren más kilómetros, que se agotan las materias primas como el petróleo, el gas, el carbón, etc. Existen ya muchas evidencias, estudios y publicaciones que muestran fuera de toda duda que estamos sometiendo al planeta a una prueba ante la que carece de recursos. Las conferencias que se han impartido antes que ésta también han suministrado información relevante sobre el asunto. Así pues, las sentencias sobre la situación actual difieren en la intensidad del fenómeno, pero no en su existencia. Una de las preguntas más frecuentes en ello es ¿cuándo habrá que parar en esta tendencia de crecimiento continuo?

2. *El momento de parar fue ayer.*

Uno de los aspectos que no han cesado de crecer, con sus propios altibajos, es el conocimiento sobre las consecuencias que nuestro comportamiento tiene en el planeta. De cuantas herramientas se han elaborado para medir estas consecuencias, la *huella ecológica* es tal vez la más interesante.

La huella ecológica es la cantidad de superficie que se requiere para mantener un estilo de consumo. Puede calcularse para una persona, una familia, una organización, una ciudad, un país... Existen muchos recursos para facilitar los cálculos y mucha información disponible con respecto a todas las regiones del planeta. Gracias a estos datos sabemos, por ejemplo, que la huella ecológica de un habitante de la tierra es, por término medio de 2,23 hectáreas. Para situarnos, una hectárea viene a ser poco más o menos lo que ocupa un campo de fútbol. Existen también diversas mediciones y diferentes actualizaciones, por lo que varias fuentes indican cantidades superiores a 2,23.

¿Y bien? ¿Qué hacemos con eso?

Para que la huella ecológica muestre su potencial es necesario combinarla con otro concepto: la capacidad de carga. La capacidad de carga es la superficie que nos corresponde a cada habitante del planeta. Al multiplicar esta capacidad por el número de habitantes, tenemos la superficie total de la tierra que podría ser utilizada con fines de producción y consumo (realmente lo hacemos al revés: dividir la superficie disponible entre el número de habitantes). La lógica está clara: la capacidad de carga marca el límite de crecimiento para el valor de la huella ecológica. Si ocupamos más de lo que hay, nos hemos pasado.

Pues bien, nos hemos pasado. La capacidad de carga para el planeta se encuentra en torno a 1,78. En primaria nos enseñaron que $1,78 < 2,23$. Pero ¿cómo es posible gastar más de lo que hay? La respuesta es sencilla: el cálculo de la huella ecológica se establece *suponiendo* la reversibilidad de los efectos, es decir, que el planeta se recupera del daño. Así, por ejemplo, si contamos con un bosque capaz de absorber mil toneladas de CO₂ al año, mientras no se supere ese umbral, el bosque será capaz de revertir la contaminación. En el momento en que se rebase esa cantidad, la contaminación se va acumulando en la atmósfera. Suelo poner el ejemplo de una hucha que cuenta con cien

monedas. Cada día meto cinco y saco seis. Aunque obtenga más de lo que pongo, el hecho no es sorprendente al asumir que la hucha ya tenía riqueza en su interior. El problema es que estoy gastándola de forma irreversible: saco más de lo que pongo y, por tanto, a este ritmo la hucha quedará vacía en 99 días.

Luego, si ya nos hemos pasado, no es cuestión de parar el crecimiento. Es cuestión de reducir su nivel, decrecer.

Tenemos soluciones

3. Un primer intento de solución: el crecimiento sostenible.

Al comenzar a comprender la envergadura del asunto, el primer impulso ha sido sacar menos de la hucha. La extracción sostenible de monedas es 5, así que procuremos no sacar más de esa cantidad. En principio ello implicaría parar el crecimiento y estancarse. Esta posibilidad, la del estancamiento, provoca urticaria, arcadas y malestar general en el sistema. Hay que hacer *cualquier cosa* antes de permitir un sistema económico estancado. Observemos con qué pasión las autoridades políticas de todo el mundo se han embarcado en salvar el sistema financiero insuflando una cantidad de dinero impresionante. Si preguntáramos a cualquier persona provista de sensibilidad, antepondría el objetivo de erradicar por completo el hambre en el mundo a salvar al sistema financiero. Sin embargo y ante la crisis del sector, los gobiernos han sacado dinero que no sabíamos que existía en tales cantidades y lo han aplicado a la dimensión financiera con la intención de salvarla de inmediato y con una agilidad y una convicción históricas. Lo del hambre, que requiere mucho menos esfuerzo económico se lo han planteado a medias tintas (reducirla a la mitad), a medio plazo (para el 2015) y además no se lo creen, pues cada año que pasa el objetivo queda más lejos. Hay quien dice que es necesario que el sistema financiero goce de buena salud para que el objetivo de disminuir el hambre sea realista. A estas alturas, es fácil comprender que no es cierto.

Es difícil, por lo tanto, vender la idea de estancarse. Así que se nos ocurrió otra, tal vez más digerible: la de crecer pero de otra manera. La propuesta que se ha elaborado se llama *crecimiento sostenible*. La idea es seguir creciendo hoy pero de tal forma que ello permita continuar creciendo mañana, es decir, crecer indefinidamente. ¿Cómo fundamentar esta pretensión sorprendente cuando estamos diciendo que vivimos en un planeta finito?

La idea es separar el crecimiento en dos componentes: número de unidades (elemento 1) y tasa por unidad (elemento 2). Pensemos por ejemplo en los automóviles. Cada automóvil implica una huella ecológica. A más automóviles, más huella y por tanto menos sostenibilidad... ¡No! ¡Un momento! Lo que podemos hacer es ¡disminuir la huella por automóvil! Así, con coches que consuman menos carburante, más eficientes, con un programa de reciclado, etc. se disminuirá el segundo elemento de la ecuación. En términos algo más formales:

$$\text{huella ecológica} = \text{número de unidades} \times \text{huella por unidad}$$

De esta forma, el crecimiento sostenible propone utilizar coches menos contaminantes, reducir las emisiones de gases por unidad de fabricación, recurrir a energías renovables como la eólica o la solar, etc. Parece una buena salida: el sistema puede seguir siendo el

mismo, altamente dependiente del crecimiento en el par producción-consumo, pero de forma sostenible pues al disminuir la huella por unidad se corrige el aumento en el número de unidades.

4. *El crecimiento sostenible no funciona como tampoco el objetivo de la lavadora.*

La idea del crecimiento sostenible no se sostiene. No funciona, ni en la práctica ni en la teoría.

En la práctica observamos un crecimiento imparable de la huella ecológica, a pesar de la implantación de modelos de crecimiento sostenible. Ocurre porque el crecimiento en el número de unidades es más rápido que el decrecimiento en la huella por unidad. Al final continuamos en nuestra tendencia de aumentar el daño.

En la teoría tampoco es una idea viable. Un crecimiento del primer elemento que tienda a infinito requiere una disminución del segundo que tienda a cero. Y si bien el primer objetivo es imprescindible para que el sistema que conocemos tenga expectativas de supervivencia, el segundo es físicamente imposible. Pensemos por ejemplo en dos ejemplos de moda: los coches eléctricos y las energías renovables.

En estos momentos los medios de comunicación se hacen eco de la pasión por los coches eléctricos y la apuesta clara de la Administración. Muchas personas creen que tales coches no contaminan. Es como decir que no hay homicidios en el mundo porque jamás vimos uno. La contaminación no se ciñe a eso oscuro que sale del tubo de escape. Poner el coche a mi disposición (fabricar sus componentes, montarlos y transportar el resultado hasta mis manos) ha implicado una huella ecológica muy importante. Que el coche sea eléctrico no reduce un ápice la huella previa. Es más, la electricidad ¿cómo se produce? Si se genera a partir de combustión de petróleo o de carbón, el remedio es peor que la enfermedad, pues en los procesos de transformación de energía se pierde parte de ésta, de tal forma que sería más ecológico que la combustión se realizara en el propio coche sin mediar transformación eléctrica.

Las energías renovables constituyen también otra fuente de confusión. Es cierto que contaminan *menos*, pero incierto que no contaminen. Es cierto que el viento que mueve el molino que traduce ese movimiento en energía eléctrica es un ente natural no contaminante. Pero el molino no es un arbusto que ha surgido espontáneamente. Se trata de una mole que ha requerido ocupar una superficie importante (algunos parajes están abarrotados de molinos), ha consumido mucho cemento (las cementeras son de las empresas más contaminantes) y amianto, y su mantenimiento es ecológicamente no nulo. El viento es renovable, el molino no. No hay cemento ni amianto en el mundo para construir los molinos que necesitaríamos en Europa para saciar las necesidades de consumo energético.

La tecnología hace cosas sorprendentes, pero no milagros. No parece que vaya a llegar el día en que cuarenta vasijas de agua se transformen en cuarenta vasijas de vino sin que medie consumo energético por medio. Ni llegará la energía estrictamente renovable. Es algo físicamente imposible.

Para explicar esto de otro modo me gusta acudir al ejemplo del invento de la lavadora, uno de los avances tecnológicos mejor recibidos. Imaginemos la situación de lavado en el

pasado de nuestros países del Norte. Las mujeres acarreaban cestos de ropa hacia ríos y fuentes públicas y se deslomaban restregando el tejido por piedras. La gente olía a sudor porque no era cuestión de pasar ese mal rato todos los días. Entonces inventamos la lavadora. Si antes se necesitaba mucho trabajo y tres horas de implicación, ahora basta con los minutos que se dedican a poner en marcha y apagar el artilugio. Me imagino la liberación que tuvo que suponer el invento. Pero no. Se nos ocurrió que ya que era más fácil lavar la ropa, en lugar de ocupar menos tiempo en lavar la misma cantidad, íbamos a ocupar el mismo que antes, pero lavando más. Nuestras vestimentas comenzaron a someterse al proceso con más frecuencia. Ello implicó la necesidad de tener más ropa, que terminó transformándose en un hábito. Más ropa es más tiempo comprándola, mirando escaparates, dudando, alimentando la expresión “ir de compras”, más tiempo trabajando para generar el dinero que se requiere gastar en este menester, etc. Nos inventamos la frustración ante un armario no demasiado repleto, donde millones de personas con cientos de tejidos se dicen cada día “Hoy no tengo nada que ponerme”. El olor desapareció y prosperaron los desodorantes, las colonias, los perfumes, para mujeres y después también para hombres. Había también que comprar la lavadora y mantenerla, procurar el buen estado de la electricidad, pagarla, trabajar más tiempo para esos nuevos gastos asociados, etc. Al inventar la lavadora tuvimos una buena oportunidad de liberación, pero la dejamos pasar. Nos complicamos la vida con el invento. Hágase la misa reflexión con el coche, el ordenador, el correo electrónico, el teléfono móvil... Somos una especie especializada en inventar cosas para facilitarnos la vida y complicárnosla después.

El crecimiento sostenible tal vez fue una buena idea. Pero nos lo estamos tomando al estilo lavadora: ya que una unidad consume menos, consumamos más unidades.

5. El decrecimiento no es una opción sino una necesidad.

Si el crecimiento es insostenible por definición, sólo nos queda un camino: decrecer. Parar no es suficiente, pues ya hemos visto que al día de hoy la capacidad de regeneración del planeta se ha superado. Y el crecimiento sostenible tampoco es solución: ni está funcionando, ni puede teóricamente funcionar.

La idea del decrecimiento es actuar sobre los dos elementos de la ecuación: no sólo reducir el segundo (unidades menos dañinas) sino también el primero (menos unidades).

La propuesta es sencillamente lógica, realista e inevitable. El problema no se encuentra en la propuesta simple, sino en llevarla a cabo de forma planificada. Lo que está claro es que sino decrecemos voluntariamente, inteligentemente, conscientemente, lo haremos a la fuerza pues no habrá posibilidades de seguir comiendo de un manzano que ya no da manzanas.

De cuantas posibilidades existen para hacer efectivo el decrecimiento, sus promotores han optado por, a mi juicio, la mejor de todas: incidir en los estilos de vida voluntarios. La propuesta es modificar la forma de estar en el mundo, entre otros aspectos, consumiendo menos y mejor.

La elección es fruto de una capacidad de observación en buen estado. Se podría solicitar a la clase política que se ponga manos a la obra para hacer realidad el proyecto. Esto es altamente ingenuo. No hay recetas probadas y estandarizadas para la gestión política del

decrecimiento. No hay cultura del decrecimiento. No hay organismos de envergadura, oficiales, cuyo cometido sea el decrecimiento. Mientras eso no ocurra, los gobiernos locales van a seguir tirando de los organismos que sí existen, de las gestiones ya estandarizadas, de los modelos ya probados (aunque sean tan malos como son); en fin, seguirán haciendo lo que están haciendo los demás, pues si nos equivocamos al menos lo hacemos todos y la responsabilidad queda diluida. No tenemos políticos valientes y sin ellos es imposible una apuesta gubernamental por el decrecimiento. Es lanzarse a ser pioneros. Tal vez funcione para los hermanos Wright, pero no para quienes se encuentran a la cabeza en los ministerios y las presidencias. El decrecimiento establecido a ese nivel significa impacto, un fuerte impacto. En parte sabemos qué pasaría. En parte nadie puede saber cómo se va a comportar el nuevo sistema hasta que no eche a andar. Esta incertidumbre es literalmente insoportable a escala de clase política que, además cuenta con la presión de efectos inmediatos, sólo viables desde los modos de funcionamiento del momento.

Así que al día de hoy el decrecimiento es una propuesta para la gente, para las personas individualmente o en grupos, que planifican y llevan a efecto una reducción sensible de su consumo y un mejoramiento de éste, practicando consumo responsable. Conforme la idea del decrecimiento vaya afianzándose, conforme más grupos de estudio vayan dando forma a propuestas concretas para la cotidianidad política profesional, más cerca estaremos de que las medidas vayan adoptándose en las altas esferas de la gestión. De momento es sobretodo una opción para la calle. Esto no resta un ápice de fuerza al cometido fundamental de la presión, de la denuncia y de la protesta. Sin estos ingredientes, aquéllos generan difícilmente transformaciones.

Tenemos confusiones

6. Decrecer ¿es retroceder?

Ante muchos ojos, decrecer es una aberración. Un niño chico que desee ir al parque a jugar con los columpios no aceptará fácilmente que el parque esté cerrado por obras. Pero son causas mayores. Podemos decirle “Cariño, estás viendo que el parque está cerrado. Ya sé que eso no te ha hecho ninguna gracia, pero es lo que hay. ¿Alguna sugerencia?”. En muchas ocasiones suelo decir “No quiero problemas, quiero soluciones”. Ya sé que decrecer no gusta a muchas personas, pero ¿qué alternativa tienen? Vemos que diferentes tipos de crecimiento, mientras sigan siendo crecimiento precisamente, no constituyen ninguna solución sino, en el mejor de los casos, una ampliación de plazo. Por esta razón, se han vertido varias críticas a la idea del decrecimiento. Me parecen particularmente interesantes tres de ellas, que vemos seguidamente.

Una de las más sonadas es que decrecer es retroceder. En una forma de pensamiento simple y lineal esta conclusión resulta esperable. Imaginemos a alguien que padece numerosos trastornos asociados con la alimentación y que muestra una visible obesidad. Que tome la decisión de perder peso no es retroceder a la infancia, sino progresar hacia una vida más saludable. Será una persona con más años, jamás volverá a ser niño, pero sí llevará una vida más operante.

Conscientes de la complejidad de los sistemas y de los acontecimientos, no es inteligente aceptar una visión de paquete: o civilización y crecimiento, o barbarie y decrecimiento. La

opción es decrecimiento y civilización, progreso y decrecimiento, avance, evolución positiva, vida más felicitante pero con sentido, es decir, con decrecimiento.

Entre las muchas facetas de esa evolución no-en-paquete tomemos una concreta. Antes la gente no tenía conciencia de daño ambiental. Durante siglos hemos vivido sin que las consecuencias de nuestros actos en la naturaleza nos reboten. Si antes la humanidad vivía de forma sostenible no es porque se preocupara por ello sino porque carecía de la tecnología para hacer suficiente daño. Pero en la práctica llevaban estilos de vida menos consumistas que ahora y conocían mejor su entorno inmediato. La propuesta del decrecimiento, en este sentido, sería tomar el conocimiento que tenemos hoy, que hemos generado hoy con respecto a la relación entre nuestros actos y sus consecuencias y a la capacidad limitada del planeta para regenerarse, y combinar ello con el conocimiento que se tenía antes sobre comportamientos de la naturaleza como la época en que se recogen unas u otras hortalizas o la visibilidad de los desechos, o el grado de conocimiento y seguridad de las gentes sobre su entorno local. Ni retrocedemos al pasado, ni nos hundimos en un futuro imposible.

7. Decrecer ¿es psicológicamente viable?

La opción por el decrecimiento tiene fuertes inconvenientes en el campo de batalla donde se libra la historia: la mente y la actitud. Para alguien que tienen un coche es más fácil pasar a tener dos que ninguno. Es difícil luchar contracorriente en medio de una cultura tan fatalista, dependiente, ciega, consumista y hedonista como ésta. Principalmente son tres los aspectos que dificultan la labor. Resulta muy útil conocerlos someramente pues constituyen frentes de acción.

a. Invisibilidad. Cada vez es más difícil saber de dónde vienen y hacia dónde van los comportamientos y los objetos. La invisibilidad nos vuelve ciegos. Quien no ve no puede considerar las ausencias en sus argumentos y decisiones. Los efectos de los comportamientos de consumo permanecen difusos. La mayoría de las personas desconocen en qué medida sus decisiones trabajan para unas configuraciones u otras de mundos. Esta situación es más pronunciada hoy que nunca antes especialmente por dos motivos: la complejidad creciente de los procesos que exigen mayor esfuerzo para su comprensión y la abundancia de intermediarios a todos los niveles y en todas las dimensiones. Sin embargo, el decrecimiento requiere conocimiento, visibilidad.

b. Dependencia. Nuestro estilo de vida ha generado una enorme dependencia. Un buen ejemplo lo constituye de nuevo la ayuda astronómica que los gobiernos han otorgado a las entidades financieras para salvar al planeta de la crisis que ellas mismas han causado en su afán de enriquecimiento. La maraña del sistema actual de funcionamiento hace muy difícil la intervención sistémica. El decrecimiento requiere una fuerte apuesta por liberarse de las dependencias. Recuerdo, por ejemplo, a un profesor universitario que entró en una depresión tras jubilarse, pues el decremento de su sueldo le impedía seguir abordando un avión para comprar los zapatos en Londres, como había hecho siempre. Su tratamiento psicológico consistió en liberarse de esa dependencia.

c. Consumismo hedonista. Llevamos hoy el consumismo hedonista en sangre. Si alguien es incapaz de dejar de fumar a pesar de que se le advierte que se está matando ¿podrá modificar su comportamiento pensando en el planeta? Consumir más es fácil, sólo existe la limitación del dinero disponible para ello. Consumir menos y hacerlo con patrones

diferentes (menos dañinos) requiere en primera instancia altruismo, entrega, ser capaz de ver más allá del propio ombligo. Los beneficios son básicamente individuales, como entramos más adelante, pero esta circunstancia es difícilmente aceptable para alguien que considera el consumo como uno de los pilares de su vida.

Los inconvenientes son reales. Sin embargo, a diferencia de aquéllos a los que se enfrenta la propuesta del crecimiento, en este caso la superación es viable. Es importante el ejemplo de quienes ya lo están procurando, mostrando que el decrecimiento no es un sacrificio, sino una liberación.

8. Decrecer ¿es un problema en los países en vías de desarrollo?

“Países en vías de desarrollo” es cualquier cosa menos una expresión inocente. La idea contenida en ella es que hay países desarrollados que han elaborado una buena manera de vivir. Otros países *todavía* no, pero están en ello. Llegará un día en que todos estaremos plenamente desarrollados.

Hay dos mentiras en la expresión que tienen consecuencias en la concepción del decrecimiento. La primera es suponer que el estilo de vida de los países llamados desarrollados es imitable. En absoluto. La huella ecológica, de nuevo, añade luz al respecto. Así, por ejemplo, la de Afganistán no llega a 1, mientras que la de EEUU ronda las 10 hectáreas. Es imposible que todos los países del planeta puedan aspirar a una huella ecológica cuyo mantenimiento requiere unos cinco planetas. Sólo tenemos éste.

La otra mentira es que los países estén en “vías de”. Dado que no es viable que todos los rincones dañemos con la misma intensidad pues la capacidad de daño es limitada, tampoco es cierto que nos estemos acercando. Las estadísticas de organismos internacionales como la OMS o la FAO muestran que mientras unos países de la franja más pobre aumentan sus niveles en varios índices, otros las disminuyen. Hablamos de las medidas al uso: renta per cápita, inflación, deuda externa, inversión en educación, esperanza de vida, seguridad alimentaria, etc.

La huella ecológica ayuda a concluir que el sistema actual mantiene el nivel de desarrollo de unos gracias al subdesarrollo de otros. No es cuestión de darle la vuelta a la tortilla o turnar en los puestos de opresores y oprimidos. Es cuestión de terminar con los desequilibrios. El decrecimiento es también la mejor opción para estos países, con matizaciones. Se requiere construir un sistema de desarrollo diferente, donde se recupere la soberanía alimentaria, se reduzcan las injerencias y se practiquen procedimientos de producción y consumo controlados localmente. Si eso no existe, si los países empobrecidos siguen ejerciendo de despensa de materias primas, depósitos para desechos, conejillos de indias y mano de obra esclava, no tiene sentido hablar ni de decrecimiento ni de desarrollo.

Tenemos suerte

9. El decrecimiento es un camino inteligente.

La imagen de la persona que opta por añadir su grano de arena en la aventura del decrecimiento puede ser la de un ermitaño que no hace nada por temor a dañar algo o a alguien. No se trata de eso.

El decrecimiento es una maravilla de invento. Es una apuesta tan individual como colectiva y planetaria, tan ambiental como social. Hasta el momento se puede llegar a la conclusión de que la idea requiere un alto nivel de abnegación y sacrificio por parte de quienes trabajan por ella. Han de luchar en contra de su propio bienestar a cambio de construir un mundo mejor. Nada más lejos de la realidad. Apostar por el decrecimiento es una opción individual especialmente felicitante, un acto de liberación, de recuperación de control sobre la propia vida.

Nuestra experiencia directa e indirecta está llena de ejemplos al respecto. Rescato alguno de ellos.

Un buen amigo tuvo la desagradable experiencia de perder a su padre. A nombre de mi amigo figuraba la abundante renta que el padre había acumulado a lo largo de una intensa vida. Los herederos pululaban alrededor. Mi amigo tenía ya su existencia resuelta: un trabajo más que aceptable que le permitía tiempo libre y unos ingresos suficientes para vivir con dignidad. Tenía también una linda casita con una pequeña porción de terreno donde contaba con un huerto casi simbólico y un par de árboles frutales. Viajó a su país de origen para hacerse cargo de la gestión de la herencia de su padre, oficialmente en sus manos. Cuando volvió me contó lo ocurrido. “Vicente, no puedes imaginar la satisfacción que sentí al desembarazarme de todo y la sensación de tristeza al ver a mis hermanos y hermanas aspirar a todo”. Mi amigo me contaba los quebraderos de cabeza que implicaba hacerse cargo de los bienes inmuebles que había dejado su padre. Con claridad veía a su familia autoesclavizada, voluntariamente cargando sobre sus espaldas preocupaciones de las que podrían librarse si quisieran. Mi amigo volvió con mayor convencimiento de su propia y consciente opción vital. Su tiempo se encuentra repartido entre el trabajo, que no le implica muchas horas, y disfrutar de su casa, de su familia y de sus amigos. Pasa mucho tiempo observando, disfrutando de las cosas. Ha alcanzado un nivel de felicidad, de madurez, fuera del alcance de sus hermanos y hermanas, a quienes imagino ahora con un sueño difícil de conciliar y un tiempo altamente comprometido.

De adolescente acompañé a mis padres a una sesión de persuasión. Un matrimonio les intentaba convencer que implicaran el tiempo que tenían libre para dedicarlo a un quehacer que, según decían, reportaba muchos beneficios. Ellos mismos se ponían de ejemplo. Vestían con trajes caros y el discurso de ostentación rozaba lo insoportable. “¿Quién no quiere un coche mejor, una casa mejor, una vida mejor?” Ahí se encontraba la confusión. Este matrimonio que vivía para trabajar, que vi sin hijos y sin tiempo para disfrutar de la vida o de ellos mismos, medían la vida mejor mediante la posesión de objetos más caros, con más prestaciones, más ostentosos. Eran unos infelices. Por suerte, mis padres se asustaron.

Ir ligero de equipaje, evitar ser poseído por las cosas, es una experiencia altamente felicitante. Cada vez es más difícil apreciar el valor de comportamientos que no requieren consumo. Éste se ha imbricado en tal medida en nuestra vida que hay muchas personas incapaces de imaginar otra cosa. ¿Se puede vivir sin coche o sin móvil? Parece ser que no sólo es viable, sino además que se vive estupendamente, siempre y cuando la no posesión sea una opción voluntaria y no un estado vivido con pesadumbre mientras se desea apasionadamente poseer.

De aquí surge el lema del decrecimiento: consumir menos para vivir mejor.

También es cierto que una cosa es el estado y otra el proceso. Quien fuma y desea dejarlo sabe que accedería a un estado mejor de vida, pero el proceso que debe atravesar para alcanzarlo lo juzga demasiado desagradable para su voluntad. Optar por el decrecimiento individual puede implicar un proceso laborioso, pues implica poner en marcha la desintoxicación, la pérdida de dependencias, la liberación de esclavitudes. No tiene por qué ser fácil, por muy placentero que se dibuje el estado de llegada. Pero tampoco hay que atragantarse. Una buena decisión es plantearse, a partir de ahora, meditar el consumo y dar pasos convencidos, tal vez tímidos pero aceptables, para reducir poco a poco el equipaje que arrastramos en el viaje de la vida.

10. Decrecer para crear una nueva sociedad

El decrecimiento plantea importantes beneficios sociales. No sólo se ciñe a mantener vivo y en buen estado el planeta que habitamos. El decrecimiento deriva necesariamente en el robustecimiento de las relaciones interpersonales. Implica trabajar menos horas, ganar por tanto menos dinero, lo que es viable con una reducción del consumo y una opción por hacerlo más consciente y responsable. El resultado es más ocio personal, más tiempo para disfrutarlo en tareas que ahora nos pueden parecer imposibles, en cosas que ahora nos parecen inútiles. Es una apuesta por el placer, donde las cosas se hacen por placer de disfrutarlas y no por el rédito que suministran o por la inversión que suponen. Es evitar una vida en continuos medios, en la inmersión en instrumentos y herramientas, a cambio de centrarse más en los fines, en los objetivos felicitantes. Recordemos los mejores momentos de nuestra vida ¿en qué medida el consumo tiene que ver en ellos?

Hay muchos movimientos ligados a este espíritu que participan en la comunidad planetaria del decrecimiento: reducción de consumo, consumo responsable, comercio justo, ciudades lentas, comidas lentas, comunidades de reutilización, etc. Pero uno de los aspectos que a mí me resultan más atractivos del decrecimiento es su papel en la construcción de un mundo más justo por ser un mundo con menos desequilibrios de poder, con más dificultades para establecer relaciones de opresión.

Poder y decrecimiento

Por lo general, el concepto poder llama al sustantivo *el* poder. Se habla de él, además, en singular como si fuera único, si bien repartido entre varios agentes, no muchos. De esta forma hay quien tiene poder y quien no. Se construye entonces una imagen desequilibrada sobre las relaciones interpersonales: señor y vasallo, amo y esclavo, gobernante y gobernado, etc.

Frente a esta concepción se encuentra el poder como verbo, con el que se construyen expresiones del tipo “yo puedo” o “nosotros podemos”. John Holloway menciona estos dos tipos, respectivamente, con las denominaciones poder-sobre y poder-hacer. Tiene bastante sentido.

El poder-hacer o verbo es el que permite logros, sean de mucho o poco calado. El poder-sobre o sustantivo es el que requiere control sobre otras personas, el que se ejerce sobre las demás para conseguir logros. El mecanismo entre ambos es muy clarificador.

Tomemos como ejemplo la visión del contrato, con que se justifica la existencia de un gobierno. Los ciudadanos ceden parte de su poder-hacer a un nodo central, el gobierno, que lo acumula para ejercer diversas funciones relativas a seguridad, legislación, etc. El poder-sobre vuelve a los ciudadanos en forma de coerción y coacción, obligaciones y prohibiciones, guías y gestiones diversas de aspectos comunes. La representación gráfica 1 muestra esta relación.

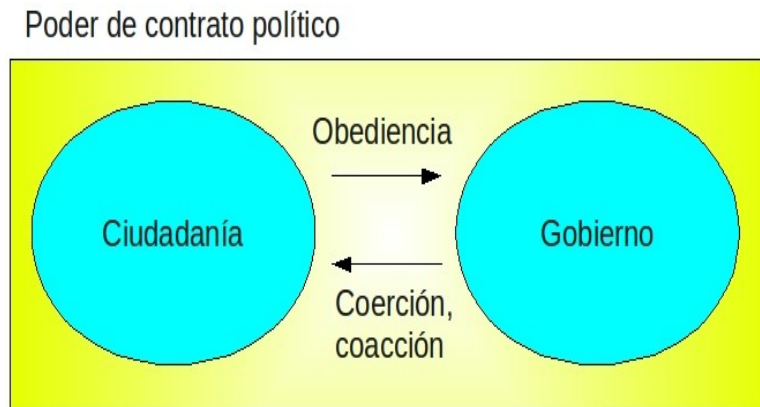


Figura 1. Cesión de poder en el contexto político de gobierno.

Algo parecido ocurre con otras dimensiones. Pensemos por ejemplo en los medios de comunicación. Los espectadores donan su poder-hacer en forma de atención (ver figura 2). Los medios devuelven construcción de realidad. Las personas *ven* el mundo a través de los ojos de los medios y construyen realidad a partir de esas percepciones seleccionadas, matizadas, con inevitables sesgos, ya digeridas. Si la cesión de poder es extrema, una persona confesará algo parecido a “no puedo saber lo que ocurre como no vea la tele o lea el periódico”.

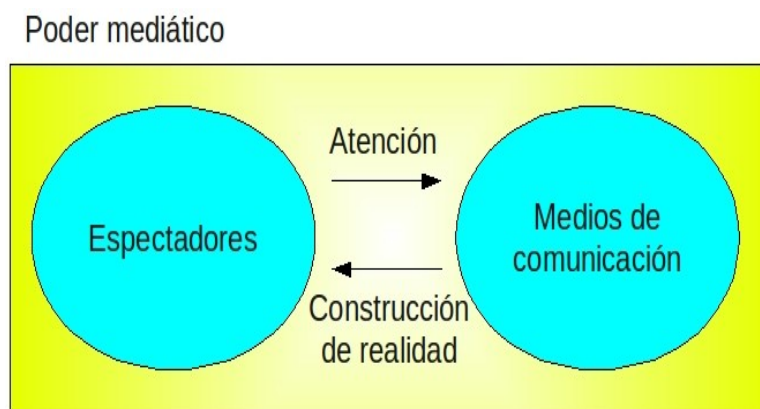


Figura 2. Cesión de poder en el contexto de medios de comunicación.

En el campo que más nos interesa aquí, el del consumo, sustitúyanse los elementos anteriores por “renta” y “persuasión”, obteniendo la figura 3. El poder-hacer se encuentra en manos de los consumidores, que lo acumulan en las empresas que han ganado su favor. ¿Qué hacen éstas con el poder que acumulan? Han de conseguir persuadir a los consumidores que les otorgan su poder.

Poder de mercado

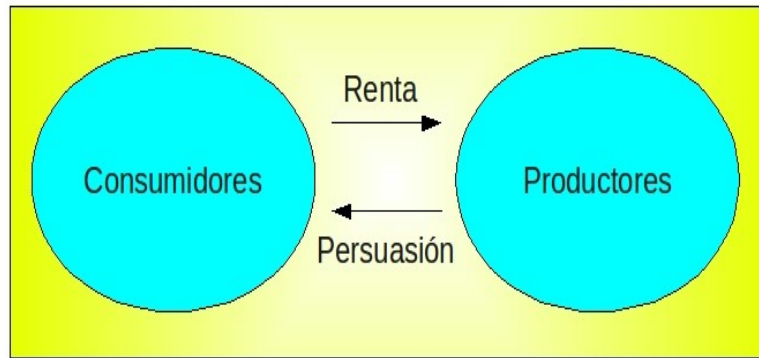


Figura 3. Cesión de poder en el contexto de mercado.

En todos los casos, se va el poder desde el individuo y vuelve transformado en control sobre su comportamiento. En cualquiera de las dimensiones, el esquema es el mismo: las personas renuncian a cuotas de su poder-hacer, facilitando la acumulación de poder-sobre en nodos que se comportan como agujeros negros de poder, absorbiendo exponencialmente las opciones. Las herramientas de persuasión, coerción, coacción y construcción de realidad son cada vez más efectivas.

El decrecimiento es una apuesta por la liberación: romper los ciclos de cesión y control. En términos generales, el consumo responsable plantea esto mismo: llevar a cabo decisiones de consumo que vayan en la línea de moldear un mundo concreto. Si no estoy de acuerdo con la pérdida de derechos laborales, adquiriré productos de la empresa que aún los respeta y evitaré hacerlo con la que los intercambié por mayores beneficios. En esa misma intención se sitúan otras iniciativas como el comercio justo y el ecológico, todos ellos estrechamente relacionados.

El decrecimiento va más allá, pues combina el consumo responsable con el mínimo: consumir lo menos posible y de forma responsable. Esta intención genera una pérdida de control por parte del poder-sobre en los dos componentes: su control sobre la conducta del consumidor-ciudadano-espectador es mínimo porque éste ha tomado sus decisiones de forma consciente, sabia, responsable, superando los procesos de creación de necesidades para el consumo o de creación de realidades para visiones monolíticas del mundo. Es mínimo también porque la reducción del consumo reduce drásticamente también las oportunidades de control y porque el aumento de las relaciones interpersonales y del tiempo disponible para la creatividad y la reflexión generan importantes barreras para la injerencia de control externo.

El decrecimiento es, por tanto, una opción para la liberación, para la emancipación. Es una máquina de creación de poder-hacer. En la medida en que yo puedo hacer más cosas, las que quiero y las que quiero conscientemente y no como reacción a procesos de control externos, entonces soy también más libre. Es obvio que no soy libre de hacer lo que no puedo hacer. Ocurre además que en la medida en que las personas incrementen su poder-hacer, el poder-sobre va quedando obsoleto, desinflado, invirtiéndose el ciclo y situándose el agujero negro, el imán, en los individuos en lugar de en los nodos externos y concentrados.

El efecto resulta particularmente beneficioso a nivel planetario: más poder, más libertad, menos desequilibrio y, por lo tanto, más dificultades para poner en marcha y mantener procesos de opresión. Desde luego que el decrecimiento no es la panacea. Para construir un mundo mejor no basta con apuntarse a este barco, pero navegar en él nos aproxima muy sensiblemente a una sociedad soñada sin desequilibrios entre las personas ni entre éstas y nuestro hábitat compartido.

Dos consideraciones

Es importante añadir dos aspectos relevantes a cuanto he mencionado hasta el momento, una sobre la calificación de *imperiosa* a la reducción de consumo y otra sobre la acción colectiva.

A lo largo de las conferencias que me han precedido, se han dado suficientes ejemplos como para elevar una potente voz de alarma. Nuestro consumo se basa en un modelo de producción que genera importantes desastres ambientales y humanos. Se ha hablado de muertos, de asesinatos individuales y en masa en Nigeria, Colombia, Sahara, Ecuador, etc. a manos de empresas que requieren explotar recursos naturales del lugar y chocan con resistencias locales. Se ha mencionado la relevancia del boicot: castigar a la empresa que se comporta de tal modo; así como de sus limitaciones: la empresa alternativa no parece mejor. Estas experiencias vividas y sufridas abundan en los mismos términos que se han estado abordando: la única solución es reducir el consumo, liberarse de la dependencia energética, parar el crecimiento y favorecer un estado en el funcionamiento del sistema que no sólo restablezca condiciones de reversibilidad sino que garantice derechos humanos fundamentales. El decrecimiento no es entonces una idea bonita sino una acción inevitable, una decisión imperiosa.

La segunda cuestión es que la potencia del decrecimiento no debe llevar al engaño de que un individuo es todopoderoso ni autosuficiente. Pongamos por caso que llego a reducir tanto mi consumo que no consumo, nada de nada. Moriré. Pero aún moribundo estaré participando en una cuota del daño que realiza el sistema. ¿Cómo?

Podemos recuperar de nuevo la herramienta de la huella ecológica. Si la calculamos al nivel de mi país, tendremos un resultado X. Si nos preocupamos de calcular la huella de cada uno de sus habitantes y las sumamos, obtendremos un resultado inferior a X. La huella de una región no surge de sumar la de sus individuos. Hay efectos, importantes y cuantiosos, que son independientes de los consumos individuales. Ocurre con los servicios generales del Estado, por ejemplo. Aunque jamás utilice una carretera ni consuma nada que haya sido transportado por carretera, vivo en un país cuyo gobierno las construye, mantiene y amplía sin pausa. Aunque mi postura sea pacifista, vivo en un país con un ejército que constituye una fuente de consumo energético considerable. Y vivo en un país cuya política exterior genera efectos de gran relevancia en términos ambientales y de derechos humanos. Nada de eso puedo controlarlo mediante mi comportamiento de consumo, ni responsable, ni reducido.

Trabajar por un mundo más justo, más digno, más coherente con la lógica aplastante de los equilibrios y de la finitud, no se agota en ningún acto individual. Mi papel como consumidor es muy importante, tanto que generalmente sólo se piensa en mí desde esa perspectiva. Pero no debo olvidar mi función ciudadana y planetaria. La acción colectiva es una pieza fundamental. Sin trabajar en comunidad, en organización, en asociación con

otras personas en el conocimiento y compromiso con un mundo mejor, la tarea se encuentra notablemente incompleta. La presión a los gobiernos para promover estilos diferentes de hacer político, la educación de la ciudadanía para catalizar consciencia colectiva, la acción ejemplar mediante el trabajo en grupo son frentes altamente necesarios. Ocurre, además, que suelen ser ocupaciones muy gratificantes, donde se establecen condiciones ideales de realización interpersonal, cubriendo necesidades humanas que son independientes del consumo y que nos hacen más personas. Como suele ocurrir, en lo tocante a construir felicidad o bienestar propio y ajeno, los frentes coinciden y los dilemas desaparecen.

Desde el auditorio

Tras la exposición, emergieron algunas intervenciones desde la sala. Sin estas reacciones, el acto pierde mucho sentido. Tuvimos la suerte de contar con personas con mucha experiencia en procesos de implicación social, con una sensibilidad especial para comportarse con un mínimo de coherencia y disposición para tomar los anuncios con cautela. Con esta materia prima surgieron aportaciones agrupables en dos asuntos: qué hacer, especialmente cuando no se encuentran facilidades en el entorno inmediato para llevar propuestas de decrecimiento a la práctica, y cómo solucionar el problema de paro que genera la implementación de reducir el consumo.

Lo habitual cuando se desea poner en práctica comportamientos acordes con el consumo responsable y con el decrecimiento es tomar consciencia de que el contexto no es propicio para ello, que está orientado específicamente a lo contrario. Es cierto que es un problema. Es cierto que siempre lo ha sido, pues nunca los contextos se encontraban específicamente orientados a los cambios tan sustanciales y radicales que llamamos revoluciones. Es cierto que ello no ha sido inconveniente suficiente, de tal modo que finalmente los cambios han tenido lugar.

Cuanto disfrutamos hoy que merece la pena ser catalogado de trascendente es una criatura de las acciones colectivas pasadas. Hay personas concretas, individuos identificables, que han protagonizado cambios tecnológicos o descubrimientos científicos. Hay nombres con apellidos que han iniciado movimientos intelectuales o formas diferentes de ver el mundo. Pero ni las visiones ni mucho menos la tecnología hacen revoluciones. Son las personas en grupo. La conciencia medioambiental, laboral o de género y sus frutos observables son obra de la acción colectiva. Lo importante aquí, al hilo de las inquietudes expresadas desde la sala, es que tales acciones se pusieron en marcha cuando no había nada y precisamente porque no había nada en el contexto que hiciera viables los logros anhelados. Había que provocarlo. El principio es: si no existe, hay que crearlo. El método es la acción colectiva.

Creo que la acción colectiva toma forma a partir de tres herramientas:

1. Crear conocimiento. Aquí conocimiento se refiere tanto a lo teórico o modélico como a lo práctico o vivencial. La creación surge de multitud de ámbitos, desde la investigación científica a la introspección individual. Creamos conocimiento al favorecer el surgimiento de consciencia, al obtener información, al indagar comportamientos, al registrar consecuencias, al seguirle la pista a las causas. Sin tener ni idea de lo que pasa, de por qué pasa, ni de qué habría que hacer, no hay acción colectiva imaginable.

2. Compartir conocimiento. El conocimiento debe esparcirse. Compartirlo no es sólo una operación matemática, es también un acto de creación. Al compartirlo se somete a prueba y discusión, se contrasta con las experiencias, se adapta, se reformula, crece, adquiere fuerza. Compartimos en reuniones, conferencias, mesas redondas, asociaciones, publicaciones, medios de comunicación, encuentros, etc.
3. Organizarse. La organización es la mejor de las vías para articular procesos de creación de conocimiento y de compartirlo. Es el mejor de los instrumentos para transformar conocimiento en acción, potencia en acto. Es una vía inmejorable para descubrir que no estamos solos y que la gente que se mueve o desea moverse es siempre superior a nuestra primera impresión. Organizarse es una fuente de fortaleza.

Luego, si quiero pero no puedo porque el contexto no muestra las vías para ello, sólo queda una opción: modificar el contexto. Contactar y organizarse, crear conocimiento, compartirlo y transformarlo en acción es un camino sobradamente probado para cambiar los contextos. Así, por ejemplo, si no existe en mi ciudad oferta de alimentos ecológicos o de comercio justo, lo que hacen muchas personas es organizarse en un colectivo de familias que promueven en alguno o algunos de los establecimientos la comercialización de los productos que requieren o la puesta en marcha de cooperativas de consumidores y productores.

Con respecto al paro que genera el decrecimiento, hay tres aspectos relevantes que no deben pasarse por alto.

1. El razonamiento que lleva a pensar en que el decrecimiento generará paro es el siguiente: al disminuir el consumo disminuye la producción, al disminuir la producción disminuye la mano de obra. En efecto, ésta es una tendencia. No la única. Otra: al disminuir el consumo disminuye la necesidad de renta del consumidor, al disminuir la necesidad de renta se requiere trabajar menos, al trabajar menos se liberan horas de trabajo que serán ocupadas por otras personas. Lo que el modelo teórico no puede asegurar y sólo seremos capaces de verlo en la práctica es cuál de las dos fuerzas tiene más peso: el paro debido a la disminución de producción o la creación de puestos de trabajo debido a la reducción de la dedicación laboral individual.
2. Antes de criticar al decrecimiento por la posibilidad de que genere desempleo es necesario tener claro que el crecimiento es una fábrica insaciable de paro. No sólo la experiencia actual lo demuestra de forma contundente, también el análisis de los modelos teóricos. Sabemos que la apuesta del crecimiento es la internacionalización de las empresas y su robustecimiento para aspirar a éxitos en la dura arena de la competencia. Para conseguirlo hay que despegarse de las empresas pequeñas y construir grandes criaturas especialistas en crear paro. Pensemos que si cien pequeñas empresas crean doscientos puestos de trabajo, una gran empresa que surja de la unión de las cien anteriores puede operar tal vez con veinte empleados, produciendo el doble. Esa tendencia se llama eficiencia, una de las motivaciones principales. Crecer, es decir, aumentar la producción estimulando el consumo, no crea empleo sino paro, pues la principal herramienta para estimular el consumo es hacer los productos atractivos, entre otros aspectos,

mediante los bajos precios que permiten unas reducciones de gastos asentados principalmente en la reducción de mano de obra y en la disminución de los derechos laborales.

3. Pero aún así supongamos que 1) el decrecimiento genera paro y 2) el crecimiento estimula el empleo. Aún así, ¿es un argumento para mantener el crecimiento? Pensemos, por ejemplo, en la violencia. Estoy seguro que cualquier persona con un mínimo de sensibilidad suscribiría inmediatamente que se termine toda forma de violencia en el mundo: nada de guerras, asesinatos, terrorismo, violencia doméstica, robos, opresiones diversas, etc. ¡Qué bonito sería! ¿Qué bonito? Pensémoslo más despacio. Si se termina con la violencia, ¿qué pasa con los policías, la guardia civil, el ejército, los abogados, el ministerio del interior, el del exterior, las empresas de seguridad, las fábricas de armamento, las de cerraduras y llaves, etc.? ¿Qué pasa con todos los establecimientos comerciales donde compran y los servicios que contratan los millones de personas que se encargan de lo anterior? En definitiva ¿Qué impresionante suma de puestos de trabajo directos e indirectos se perderían si se acabara la violencia? No obstante, deberíamos asumirlo. Si no es así, seamos coherentes y creemos empleo y aumento del PIB promoviendo la creación y actuación de grupos violentos.

La pérdida temporal de puestos de trabajo, si ello es lo que llegara o ocurrir y si ello ocurriera sólo con el decrecimiento y no con el crecimiento, es una consecuencia que deberíamos asumir a cambio de la construcción de un mundo más justo, más digno, mejor. Si no es así, entonces hemos perdido nuestra credibilidad ética, nuestra calidad de interlocutores capaces de promover bien común y, por tanto, nuestro derecho a exigirlo o beneficiarnos de ello. Insisto además en lo de "pérdida temporal". La sociedad ha demostrado sobradamente su capacidad de adaptación a un sinfín de situaciones. Dejar a droga no es fácil. El drogadicto sufrirá el síndrome de abstinencia, cuya vigencia es finita. Tras un periodo de indefensión desagradable, llega una vida más saludable y la clara intención de no volver jamás a sufrir adicción.